

# *La esperanza de la Vida Religiosa*

## *ante la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano*

*P. Víctor M. Martínez, sj*

Hemos saludado ya de manera definitiva este nuevo milenio, la vivencia de este lustro deja atrás el siglo XX y se levanta de manera decidida a afrontar lo que se ha de construir en el nuevo siglo. Una mirada abarcadora nos ubica ante una realidad cada vez más compleja, difícil de esquematizar o poder estructurar, un mundo que insiste en hacerse aldea global dentro de una gama pluricultural de diversidad política, histórica y social muy disímil.

Viviendo y participando de la realidad de nuestro mundo y de nuestra historia hemos de señalar, a partir de nuestro estilo de vida, acontecimientos que van marcando el caminar y deseo de seguir creciendo en nuestra identidad desde la consagración de religiosos y religiosas considerando nuestros propios carismas y apostolados. Nuestro deseo de renovación se ha ido haciendo realidad desde eventos que han venido constituyéndose para nosotros y nosotras en hitos significativos de fidelidad creativa y de revitalización de nuestra vida religiosa.

Nos preparamos, junto con todo el pueblo de nuestra querida América Latina y caribeña, para la realización de la V Conferencia del episcopado latinoamericano y del Caribe. “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. “Yo soy el camino la verdad y la vida” [Jn. 14, 6]. Lo hacemos desde nuestra condición de consagrados, hombres y mujeres cuya opción de vida en el seguimiento del Señor nos invita a ser místicos y profetas,

en este proceso que venimos viviendo de refundación de la vida religiosa, para aportar desde allí al tejido de que “un mundo mejor es posible”.

La posibilidad de una América Latina y Caribeña mejor se proyecta desde utopías y futuribles de ambiciones diversas donde se hacen proyecciones de distinta índole, todas ellas queriendo abarcar intereses geopolíticos, económicos y culturales de poder. En verdad soñar no cuesta nada, pero soñar para ilusionar a ingenuos o engañar a espíritus inocentes, reducir tan sólo a cifras o palabrerías lo que seremos dentro de tres o cuatro lustros no deja más que sinsabores.

Considero que vale invertir nuestro interés en el mañana, en pensarnos dentro de un margen de tiempo futuro. Es necesario proyectarnos, saber vernos en el horizonte y poder vislumbrarnos a corto, mediano y largo plazo. Se trata de construir escenarios de visión que nos jalonen y a los cuales les podamos apostar. Se ha de ver el mañana desde el presente que vivimos y asumiendo la historia de un pasado que para bien o para mal no podemos ya cambiar.

Se hace historia desde la historia, la humanidad se construye desde la humanidad misma, se hace historia desde la esperanza, se hace humanidad desde la divinidad. He ahí el aporte de quienes somos seguidores de aquel Jesús de Nazaret. A nuestro Dios, al Dios de Jesús lo descubrimos en la historia, en lo humano, en lo hondamente humano.

Nuestra esperanza está dada en la acción cierta del Resucitado en nosotros y no-

sotras, no se trata de ilusiones, quimeras o utopías que brotan de la imaginación. Se trata de dejar actuar al Espíritu del Señor que habita en nosotros y nosotras. Es así, como nuestra esperanza brota de la docilidad a la acción del Espíritu de Jesucristo para poder descubrir su voluntad y actuar en consecuencia.

Nuestra esperanza está dada, puestos los ojos en Dios, en nosotros y nosotras. Dejarnos, al igual que lo hicieron los discípulos de Emaús, evangelizar y convertir por el Señor, renovar afectiva y efectivamente el llamado y responderle con generosidad a la misión que nos envía.

### Discípulos y discípulas de Jesucristo

El ser discípulos y discípulas de Jesucristo se inscribe en nuestra historia de salvación personal y colectiva. Cada una de nosotras y cada uno nosotros le hemos visto y oído, porque nos ha llamado le hemos seguido y porque nos ha enviado damos testimonio de Él.

Quisiera detenerme en lo que significa ser hoy discípulos, discípulas de Jesucristo a partir de nuestra vocación de consagrados y consagradas en nuestra realidad latinoamericana y caribeña deseando responder a las exigencias propias de los tiempos actuales.

Ser discípulos y discípulas de Jesucristo implica encuentro, seguimiento y testimonio. Tal es la espiritualidad propia de quien se ha dejado seducir por la persona de Jesucristo y su misión.

¿Conocemos realmente a aquel que nos ha llamado a seguirle? ¿Parte de nuestra vida esta efectivamente invertida en encontrarnos con el Señor? ¿Quién me ha seducido? ¿A quien sigo? ¿De qué doy testimonio?

El discípulo, la discípula ha de pasar largas horas con su maestro y toda la vida con su amado. No podemos seguir a quien no conocemos y para conocerlo me he de encontrar con Él. ¿Cómo enamorarme de quien no conozco? Se nos impone gastar tiempo en permanecer cercanos, juntos compartiendo la cotidianidad de la vida, capaces de percibirlo y sentirle en lo ordinario de nuestro existir.

Nuestra espiritualidad se arraiga en el encuentro con Jesús, he ahí el comienzo: el encuentro con la humanidad de Jesús. Hemos de recuperar el Cristo histórico desde nuestro encuentro con Él en la fe y en el amor propios de quienes se dejan llevar por la sabiduría del Espíritu. He ahí la realidad de la contemplación.

Encontrarme con Jesucristo implica asumirlo desde el corazón. Dejarme llevar por el Espíritu. Ser humilde y pobre para que en mí actúe el Espíritu. Es la presencia del Espíritu en mí que hace real y verdadera mi oración. Es el Espíritu que habita en mí quien me mueve y hace que el encuentro con Jesucristo no sólo se haga factible desde la humildad y alegría de un corazón disponible y generoso, cuanto me lleva a acoger y asumir las consecuencias de dicho encuentro.

Nos encontramos con el Señor a partir de la contemplación del Evangelio, mensaje inspirador de nuestro seguimiento.

No podemos desconocer el valor incalculable de la Sagrada Escritura, los textos sagrados nos colocan en relación directa con la persona de Jesús el Cristo, ha de convertirse en eje vacilar de nuestra manera de encontrarnos con Él. Palabra viva, portadora de buena nueva siempre inspiradora, iluminadora y dinamizadora.

Nuestra fe en Jesucristo, nuestra espiritualidad de relación estrecha con Jesús y con su causa: el reino de Dios, jalona nuestro seguimiento, nos hace capaces de dejarlo todo para hacer de Él y del reino el motivo de nuestra vida. Es la persona de Jesucristo quien da sentido a mi existencia.

La fe radical y la confianza absoluta en el Dios de Jesús. Nuestra opción de vida en la realización del proyecto de Dios desde nuestra consagración ha de fundamentarse en la experiencia radical de Dios: la vida religiosa, nuestro modo de ser y actuar no es otra cosa que testimonio de fe radical en Jesucristo.

## Místicos y místicas, profetas y profetizas

En fidelidad y creatividad al seguimiento de Jesucristo una vida religiosa mística y profética es una vida arraigada y cimentada en el Espíritu, gracias a la contemplación, intimidad y dedicación en el encuentro y la profundidad con el Dios de Jesús. Ser místicos y profetas hoy, desde la vocación de nuestra consagración religiosa, es ser religiosos y religiosas de mirada abierta y misericordiosa, se trata de recuperar la mirada del reino, saber ver desde el Evangelio, al estilo de Jesús.

El ser místico exige la profecía y ser profeta exige la mística, he ahí la unidad del Espíritu que a partir de una vida de oración y relación estrecha con Dios logra descubrir que la realidad le apremia en transformarla y recuperarla para Dios. Su acción profética adquiere todo su sentido como respuesta fiel del mensaje recibido haciéndose oración a Dios. Una mística de ojos abiertos tensados hacia Dios, que nos arranca de la inercia, nos hace críticos y nos lleva a abrazar la osadía de dejarnos llevar por el Espíritu. Una profecía de esperanza, que nos lleva a optar por lo esencial de la vida, mirada nueva de cambio y compromiso, constructora de realidades que nos hacen más humanos, justos y fraternos.

Ser místicos y místicas, profetas y profetizas nos está exigiendo hoy como ayer la insistencia absoluta del amor fraterno, se trata de vivir apasionadamente el seguimiento del Señor en los hermanos y hermanas. Hemos de hacer del amor al otro, del amor al hermano signo elocuente de nuestra identidad cristiana. "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lc. 10,27) se hace para nosotros, nosotras la expresión real de construir fraternidad con aquel que Dios coloca en nuestro caminar, hacernos hermanos y hermanas, hacer del otro mi hermano surge como exigencia de un amor que se compromete.

Ser místicos y místicas, profetas y profetizas nos está exigiendo abandonar todo tipo de riqueza, pues no se puede servir a dos señores. Se trata del seguimiento de Jesús en el pobre. Seguimos a un Jesús pobre y humilde cuya vida entera fue entrega incondicional a los otros en particular al débil, al pequeño, al pobre. El

compromiso con el pobre en orden a nuestro seguimiento de Jesucristo se levanta como criterio decisivo en orden a la salvación. Más aún se nos pide ser pobres, se nos exige ser pobres, abrazar la pobreza evangélica es capital para seguir a Jesús. Se trata de la libertad de corazón, desprendimiento absoluto ante personas, cosas y situaciones para crecer en el amor.

Ser místicos y místicas, profetas y profetizas nos está exigiendo acoger y trabajar a favor de los valores del Reino. Hemos de ser capaces de leer los signos de los tiempos y los lugares con la capacidad de actualizar nuestro compromiso. El promover la paz que brota de la justicia, la caridad propia del amor solidario que se hace fraternidad real a favor de la vida, la igualdad, la libertad y la unidad. Se trata de construir juntos una realidad más cercana al Evangelio desde la esperanza en una comunidad donde se haga verdad y la caridad sea factible.

### Tejiendo un nuevo continente

La vida religiosa es un don de Dios a la iglesia y al mundo. No nos pertenecemos, nuestro ser y actuar, respondiendo al seguimiento de Jesucristo, queriendo ser sus discípulos y discípulas, se realiza en nuestra historia y en nuestra geografía. Somos portadores y pastoras de Buena Nueva para nuestro pueblo, somos compañeros, compañeras de ruta, religiosos y religiosas capaces de solidarizarnos con las situaciones límites de dolor y sufrimiento como de compartir lo lúdico y festivo de nuestras gentes.

Nuestra vida mística y profética se encarna para ser testimonio en el aquí y ahora de lo que vive América Latina y el Caribe en sus límites y alcances, ante los retos y desafíos que le exige su actual vida política, económica, social y cultural. Desde nuestra fidelidad a la vocación a la que hemos sido llamados y llamadas, se nos exige respuestas creativas en orden a tejer un continente latinoamericano y caribeño que sea testigo del Dios que proclama.

No se trata de ser protagonistas de lo que no somos ni conocemos, no podemos usurpar los cargos o funciones de los hombres y mujeres de empresa, aspirar a cargos de la vida política o estatal. No se nos está pidiendo reemplazar a funcionarios públicos, hacernos artistas de farándula, líderes políticos, curanderos y adivinos. No se trata de constituirnos en centro, ser los acaparadores de la ética y la moral o los jueces últimos de toda acción de nuestros congéneres.

Hemos de aportar desde lo que somos y hacemos. De aquello que hemos vivido hemos de dar testimonio. Se trata de aportar desde nuestra identidad, desde el sentido propio de nuestra vida y vocación, a partir de nuestros propios carismas. Se nos está pidiendo dar desde nuestro propio pozo, ser radicalmente consagrados, religiosos y religiosas como nuestros fundadores y fundadoras lo fueron, como Jesucristo quien nos ha llamado y quiere que le sigamos.

Invertir la vida a favor de la vida, ser místicos y místicas, profetas y profetizas ante una realidad que ha abrazado los ídolos, endiosado el poder y el tener,

trastocado los valores y criterios que nos hacen verdaderamente humanos. Entregarnos desde la radicalidad del Evangelio y la lógica del Reino hasta dar la vida como lo hizo el Maestro. Desde allí, desde nuestra condición de discípulos y discípulas nuestra misión contribuye a tejer a América Latina y el Caribe desde la esperanza en hacer de ella un continente donde la posibilidad de vivir los valores del Reino se haga real.

### **Otro continente es posible: la esperanza de la paz que nace de la justicia**

A partir de nosotros y nosotras, religiosos y religiosas, nuestra mirada ante esta realidad ha de ser esperanzadora, se trata de avivar el deseo de fuego que brota de las cenizas, del torrente de agua viva que puede llegar a formarse del charco de sangre empozada. Una mirada de sentimientos capaces de ser y hacer desde nosotros mismos. La búsqueda de solución, salida, creación de algo nuevo y distinto, está en el corazón de nosotros mismos en el orden personal y comunitario. Se trata de optar por nuestra autenticidad, crear desde nuestra originalidad, apropiarnos de lo nuestro y emprender desde allí el tejido de construcción social que necesitamos.

Una mirada de esperanza a partir de la realidad no es distraernos ante ilusiones o utopías que nos desorientan y descen-tran del deseo de hacer un continente auténtico y original, propio con sabor a lo nuestro. Ni menos aún, la espera resignada de quien con paciencia aguarda lo que ocurra como voluntad de la divinidad

o del destino. Una mirada esperanzadora es el trabajo laborioso efectivo y afectivo por transformar la injusticia en justicia, la miseria en dignidad, la guerra en paz. Se trata de invertir la vida a favor de los valores que en torno a la solidaridad construyen realidades verdaderamente humanas.

Hemos de abandonar una mirada polarizada en hechos y personajes que nos ha llevado a falsos mesianismos y a fijaciones en el eterno retorno de los recuerdos. Dejar a un lado una mirada pesimista y escéptica de la situación actual que nos ha producido parálisis y resignación. Apartar de nosotros, nosotras una mirada mezquina y artificial que nos ha llevado a comportamientos corruptos y ansiar el modelo extranjero como única solución.

Se trata de optar por lo nuestro en el sentido de idear caminos reales de solución a los conflictos a partir de nuestro pueblo, lo típico de nuestra cultura, lo auténtico de nuestra raza, lo propio de nuestras raíces. Hemos de optar por lo original de nuestra gente, de su sentir comunitario, su realidad de comunión. Se trata de renacer y rehacer desde el origen: asumir nuestra realidad, acoger y reconocer lo que somos y tenemos desde nuestra identidad y diferencias, desde nuestra complementariedad y alternatividad; volver a las fuentes del orgullo latinoamericano y caribeño, tejer continente desde nuestra forma de ser y de actuar desde el respeto, la ayuda mutua y la colaboración.

Tarea no fácil cuando la realidad social se ha herido, fracturado y fragmentado en

su sentimiento continental, cuando la unidad se ha roto y la división y subdivisión se hace cada vez más representativa de pequeños y selectos grupos que defienden sus intereses y tienden a aprovecharse de la situación para agrandar sus patrimonios. Es así como se ha de trabajar ante todo en el deseo de curar heridas, tender puentes, tejer lazos de encuentro, convergencia, diálogo, ecumenismo. Hemos de sentirnos congregados y congregadas a partir de la reconciliación nacional al interior de nuestras naciones e internacional entre nuestros estados, proceso de conversión personal, cambio estructural y compromiso de todos y todas.

Rehacer a América Latina y el Caribe a partir de ella misma no es la autosuficiencia del encerramiento egoísta sino partir de sus víctimas, retomar la historia que ha significado estas décadas de guerra en muchas de nuestras naciones. No podemos evadir la realidad, desdibujarla o colorearla de modo distinto a aquel en el que la hemos vivido. Se trata de abrazarla desde el sentido crítico del juicio que purifica, la actitud de escucha que nos lleva a todos al diálogo, el compromiso de dejarnos querer que nos lleva a salir de nosotros mismos y la praxis de imaginación creadora que nos hace artistas y artífices de nuestra realidad.

Resignificar a América Latina y el Caribe es recuperar la confianza en su gente, redimensionar el sentido de trabajar juntos alrededor de ideales que tejen paz y solidaridad más allá de enfrentamientos, conflictos y desigualdades. Optar por la alternatividad de lo nuestro, lo que nos da vida, une y hace verdaderamente latinoamericanos y caribeños.



## Recuperar el sabor a lo nuestro, sabor a Evangelio

Vamos tras la recuperación del sentido de la vida. Los datos señalan la facilidad de sesgar la vida, de aniquilarla, de arrebatársela en nuestro continente. Es decir, el número de muertes por diversa índole se hace cada vez mayor, son víctimas a causa del suicidio, la violencia, la delincuencia. Los estudiosos de este proceso colocan la mayoría de víctimas entre los 17 y 26 años. Son jóvenes que por no ver futuro prefieren dejar de ver; padres y madres cuyas vidas les son robadas. ¿Para qué existir?, ¿Por qué hacerlo?. No vale la pena invertir la vida, ¿en qué? y si es fácil encontrar cualquier pretexto para arrebatársela.

Vamos tras la recuperación de la honestidad. América Latina y el Caribe está considerado como el continente más corrupto del mundo. La corrupción campea en todos los estamentos políticos, económicos, sociales y religiosos. Los robos, desfalcos, desviaciones y malversaciones de dineros, propiedades, papel moneda y similares son escandalosos. La manera como se engaña, miente, se oculta información, se arreglan casos en los tribunales, se realizan tratos con grupos al margen de la ley o dentro de ella. Todo ello es una realidad generalizada en estratos sociales, estamentos gubernamentales, grupos políticos y cívicos.

Vamos tras la recuperación de las riquezas. Las políticas económicas neoliberales han multiplicado la pobreza y la desigualdad en los últimos 30 años a lo largo de toda Latinoamérica y el Caribe. El número de desempleo ha aumen-

tado y llega a márgenes impensables, la pequeña y mediana industria está siendo absorbida por las multinacionales, y las microempresas han sido reducidas a espacios muy domésticos o a extinguirse. El TLC y el ALCA no dejan de verse como una amenaza de un quiebre económico de proporciones descomunales para las economías nacionales. Un golpe más al agro y al campesinado de nuestro continente.

Vamos tras la recuperación de la democracia. La situación política de los países es dramática. Los presidentes de turno en su mayoría se van constituyendo en los únicos capaces para gobernar. Mesianismo y autoritarismo se tejen en la amenaza real de la dictadura en donde todo es perseguido, juzgado y condenado antes de cualquier tipo de defensa. Temor de disenter, pensar o creer distinto. Procesos complejos de querer ser la voz del pueblo cuando el pueblo quiere tener su propia voz.

Se trata de recuperar vida, valores y recursos para tejer una nueva América Latina y Caribeña desde lo que somos. Es posible otro Continente, otro Continente es posible.

Desde una actitud profética fruto del amor hemos de hacer posible un cambio de esta realidad. Hemos de resistirnos desde la no violencia a la aceptación de la guerra y el terror de la muerte; hemos de denunciar todo anti-valor y apoyar con radicalidad todo aquello que desmascara la maldad; hemos de crear realidades alternativas de modos de vida posibles más allá del empobrecimiento de las mayorías.

## *1. Reflexión Teológica*

Desde proyectos solidarios de opciones por las personas en la formación de comunidades, el trabajo a favor de la justicia donde se quiere invertir la vida en defensa de la dignidad de la persona.

La esperanza de la vida religiosa ante la V Conferencia del episcopado latinoamericano y del Caribe es una esperanza laboriosa, no esperamos pasivamente, se

espera desde la verdad del Evangelio. Ello significa, que en continuidad con el camino recorrido en Medellín, Puebla y Santo Domingo, Aparecida será signo elocuente de nuestra historia salvífica en la medida que contribuya a la liberación de nuestros pueblos, siendo portadora de vida, Buena nueva de encarnación del Reino ante esta realidad e historia que el tercer milenio nos plantea.